

¿Qué es la cultura proletaria y es posible una cultura proletaria?

León Trotsky

Cada clase dominante crea su propia cultura y, en consecuencia, su propio arte. La historia ha conocido las culturas esclavistas de Oriente y de la antigüedad clásica, la cultura feudal de la Europa medieval y la cultura burguesa que hoy domina el mundo. De ello se desprendería que el proletariado también tiene que crear su propia cultura y su propio arte.

La cuestión, sin embargo, no es tan sencilla como parece a primera vista. La sociedad en la que los propietarios de esclavos eran la clase dominante existió durante muchísimos siglos. Lo mismo puede decirse del feudalismo. La cultura burguesa, si se contara sólo desde la época de su manifestación abierta y turbulenta, es decir, desde el periodo del Renacimiento,

ha existido cinco siglos, pero no alcanzó su mayor florecimiento hasta el siglo XIX o, más correctamente, hasta la segunda mitad del mismo. La historia demuestra que la formación de una nueva cultura centrada en torno a una clase dominante exige un tiempo considerable y sólo alcanza su culminación en el periodo que precede a la decadencia política de dicha clase.

¿Tendrá el proletariado tiempo suficiente para crear una cultura "proletaria"? A diferencia del régimen de los esclavistas, de los señores feudales y de la burguesía, el proletariado considera su dictadura como un breve periodo de transición. Cuando queremos denunciar las opiniones demasiado optimistas sobre la transición al socialismo, señalamos que el periodo de la revolución social, a escala mundial, no durará meses ni años, sino decenios -décadas, pero no siglos, y ciertamente no miles de años. ¿Podrá el proletariado crear en este tiempo una nueva cultura? Es legítimo dudar, porque los años de la revolución social serán años de feroces luchas de clases en los que la destrucción ocupará más espacio que la nueva construcción. En todo caso, la energía del propio

proletariado se gastará principalmente en conquistar el poder, en conservarlo y fortalecerlo y en aplicarlo a las necesidades más urgentes de la existencia y de la lucha ulterior. El proletariado, sin embargo, alcanzará su máxima tensión y la más plena manifestación de su carácter de clase durante este periodo revolucionario, y será dentro de límites tan estrechos donde quedará confinada la posibilidad de una reconstrucción planificada y cultural.

Por otra parte, a medida que el nuevo régimen esté cada vez más protegido de las sorpresas políticas y militares y que las condiciones para la creación cultural sean más favorables, el proletariado se disolverá cada vez más en una comunidad socialista y se liberará de sus características de clase, dejando así de ser proletariado. En otras palabras, no puede hablarse de creación de una nueva cultura, es decir, de construcción a gran escala histórica durante el periodo de la dictadura. La reconstrucción cultural, que comenzará cuando haya desaparecido la necesidad del férreo control de una dictadura sin parangón en la historia, no tendrá carácter de clase. Esto parece llevar a la conclusión de que no hay cultura proletaria y que

nunca la habrá y, de hecho, no hay por qué lamentarlo. El proletariado adquiere el poder con el propósito de acabar para siempre con la cultura de clase y dejar paso a la cultura humana. A menudo parece que lo olvidamos.

El discurso sin forma sobre la cultura proletaria, en antítesis a la cultura burguesa, se alimenta de la identificación extremadamente acrítica de los destinos históricos del proletariado con los de la burguesía. Un método superficial y puramente liberal de hacer analogías de formas históricas no tiene nada en común con el marxismo. No existe ninguna analogía real entre el desarrollo histórico de la burguesía y el de la clase obrera.

El desarrollo de la cultura burguesa comenzó varios siglos antes de que la burguesía tomara en sus manos el poder del Estado mediante una serie de revoluciones. Incluso cuando la burguesía era un tercer estado, casi privado de sus derechos, desempeñó un papel importante y en continuo crecimiento en todos los campos de la cultura. Esto es especialmente evidente en el caso de la arquitectura. Las iglesias góticas no se construyeron de repente, bajo el impulso de una

inspiración religiosa. La construcción de la catedral de Colonia, su arquitectura y su escultura, resumen la experiencia arquitectónica de la humanidad desde la época de la caverna y combinan los elementos de esta experiencia en un nuevo estilo que expresa la cultura de su propia época que es, en definitiva, la estructura social y la técnica de esta época. La vieja preburguesía de los gremios fue la constructora fáctica del gótico. Cuando creció y se hizo fuerte, es decir, cuando se enriqueció, la burguesía pasó consciente y activamente por la etapa gótica y creó su propio estilo arquitectónico, pero no para la iglesia, sino para sus propios palacios.

Basándose en el gótico, se volvió hacia la Antigüedad, especialmente hacia la arquitectura romana y la morisca, y aplicó todo ello a las condiciones y necesidades de la nueva comunidad urbana, creando así el Renacimiento (Italia a finales del primer cuarto del siglo XV). Los especialistas pueden contar los elementos que el Renacimiento debe a la Antigüedad y los que debe al Gótico, y pueden discutir sobre cuál de los dos es más fuerte. Pero el Renacimiento sólo comienza cuando la nueva clase

social, ya saciada culturalmente, se siente lo bastante fuerte como para salir del yugo del arco gótico, mirar al arte gótico y a todo lo que le precedió como material a su disposición y utilizar la técnica del pasado para sus propios fines artísticos. Esto se refiere también a todas las demás artes, pero con la diferencia de que, debido a su mayor flexibilidad, es decir, a su menor dependencia de objetivos y materiales utilitarios, las artes "libres" no revelan la dialéctica de los estilos sucesivos con una lógica tan firme como la arquitectura.

Desde la época del Renacimiento y de la Reforma, que crearon condiciones intelectuales y políticas más favorables para la burguesía en la sociedad feudal, hasta la época de la revolución que transfirió el poder a la burguesía (en Francia), transcurrieron tres o cuatro siglos de crecimiento de la fuerza material e intelectual de la burguesía. La Gran Revolución Francesa y las guerras que se derivaron de ella bajaron temporalmente el nivel material de la cultura. Pero más tarde el régimen capitalista se impuso como lo "natural" y lo "eterno". Así, los procesos fundamentales del crecimiento de la cultura burguesa y de su

cristalización en estilo estuvieron determinados por las características de la burguesía como clase poseedora y explotadora. La burguesía no sólo se desarrolló materialmente dentro de la sociedad feudal, entrelazándose de diversas maneras con ésta y atrayendo la riqueza a sus manos, sino que destetó a su lado a la intelectualidad y creó su base cultural (escuelas, universidades, academias, periódicos, revistas) mucho antes de tomar abiertamente posesión del Estado. Basta recordar que la burguesía alemana, con su incomparable tecnología, filosofía, ciencia y arte, permitió que el poder del Estado estuviera en manos de una clase burocrática feudal hasta 1918 y decidió, o, más correctamente, se vio obligada a tomar el poder en sus propias manos sólo cuando los cimientos materiales de la cultura alemana empezaron a desmoronarse.

Pero se puede responder: Se necesitaron miles de años para crear el arte esclavista y sólo cientos de años para el arte burgués. ¿Por qué, entonces, no podría crearse el arte proletario en decenas de años? Las bases técnicas de la vida no son en absoluto las mismas en la actualidad y, por tanto, el tempo también es diferente.

Esta objeción, que a primera vista parece convincente, en realidad pasa por alto el quid de la cuestión. Sin duda, en el desarrollo de la nueva sociedad llegará el momento en que la economía, la vida cultural y el arte reciban el mayor impulso hacia adelante. En la actualidad sólo podemos crear fantasías sobre su ritmo. En una sociedad que se habrá desprendido de la agobiante y embrutecedora preocupación por el pan de cada día, en la que los restaurantes comunitarios prepararán comida buena, sana y sabrosa para que todos puedan elegir, en la que las lavanderías comunitarias lavarán la ropa blanca de todos, en la que los niños, todos los niños, estarán bien alimentados y serán fuertes y alegres, y en la que absorberán los elementos fundamentales de la ciencia y el arte como absorben la albúmina y el aire y el calor del sol, en una sociedad en la que la electricidad y la radio no serán las artesanías que son hoy, sino que procederán de fuentes inagotables de superpotencia a la llamada de un botón central, en la que no habrá "bocas inútiles", en la que el egoísmo liberado del hombre -¡una fuerza poderosa!- se orientará enteramente hacia la comprensión, la transformación y la mejora del universo. En una sociedad así, el desarrollo dinámico de la cultura será

incomparable con nada de lo que ocurrió en el pasado. Pero todo esto llegará sólo después de una escalada, prolongada y difícil, que aún tenemos por delante. Y estamos hablando sólo del período de ascenso.

Pero, ¿no es dinámico el momento presente? Lo es en grado sumo. Pero su dinámica se centra en la política. La guerra y la revolución fueron dinámicas, pero muy a expensas de la tecnología y la cultura. Es cierto que la guerra ha producido una larga serie de inventos técnicos. Pero la pobreza que ha producido ha aplazado durante mucho tiempo la aplicación práctica de estos inventos y con ello su posibilidad de revolucionar la vida. Esto se refiere a la radio, a la aviación y a muchos descubrimientos mecánicos.

Por otra parte, la revolución sienta las bases de una nueva sociedad. Pero lo hace con los métodos de la vieja sociedad, con la lucha de clases, con la violencia, la destrucción y la aniquilación. Si no hubiera llegado la revolución proletaria, la humanidad habría sido estrangulada por sus propias contradicciones. La revolución salvó a la sociedad y a la cultura, pero mediante la cirugía más cruel. Todas las fuerzas activas se concentran en la política y en la lucha

revolucionaria, todo lo demás pasa a un segundo plano y todo lo que es un obstáculo es cruelmente pisoteado. En este proceso, por supuesto, hay un flujo y reflujo; el comunismo militar da paso a la NEP, que, a su vez, pasa por diversas etapas.

Pero en su esencia, la dictadura del proletariado no es una organización para la producción de la cultura de una nueva sociedad, sino un sistema revolucionario y militar que lucha por ella. No hay que olvidar esto. Pensamos que el historiador del futuro situará el punto culminante de la vieja sociedad en el 2 de agosto de 1914, cuando el poder enloquecido de la cultura burguesa soltó sobre el mundo la sangre y el fuego de una guerra imperialista. El comienzo de la nueva historia de la humanidad se fechará el 7 de noviembre de 1917. Las etapas fundamentales del desarrollo de la humanidad creemos que se establecerán más o menos así: la "historia" prehistórica del hombre primitivo; la historia antigua, cuyo auge se basó en la esclavitud; la Edad Media, basada en la servidumbre; el capitalismo, con la libre explotación asalariada; y, por último, la sociedad socialista, con, esperemos, su transición indolora a una comuna sin Estado. En cualquier caso,

los veinte, treinta o cincuenta años de revolución proletaria mundial pasarán a la historia como el más difícil ascenso de un sistema a otro, pero en ningún caso como una época independiente de la cultura proletaria.

Actualmente, en estos años de respiro, pueden surgir en nuestra República Soviética algunas ilusiones al respecto. Hemos puesto las cuestiones culturales en el orden del día. Proyectando nuestros problemas actuales hacia un futuro lejano, se puede pensar a través de una larga serie de años en la cultura proletaria. Pero por muy importante y vitalmente necesaria que sea nuestra construcción cultural, está totalmente dominada por el planteamiento de la revolución europea y mundial. Somos, como antes, meros soldados en campaña. Estamos acampados durante un día. Hay que lavar la camisa, cortar y peinar el pelo y, lo que es más importante, limpiar y engrasar el fusil. Todo nuestro trabajo económico y cultural actual no es más que una puesta en orden de nosotros mismos entre dos batallas y dos campañas. Las batallas principales están por delante y puede que no estén tan lejos. Nuestra época no es todavía una época de nueva cultura, sino sólo la

entrada en ella. Debemos, en primer lugar, tomar posesión, políticamente, de los elementos más importantes de la vieja cultura, hasta tal punto, al menos, que podamos allanar el camino a una nueva cultura.

Esto queda especialmente claro cuando se considera el problema como se debe, en su carácter internacional. El proletariado era, y sigue siendo, una clase no poseedora. Sólo esto le limitó mucho la adquisición de aquellos elementos de la cultura burguesa que han entrado para siempre en el inventario de la humanidad. En cierto sentido, puede decirse que también el proletariado, al menos el proletariado europeo, tuvo su época de reforma. Ésta tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, cuando, sin atentar directamente contra el poder del Estado, conquistó para sí, bajo el sistema burgués, condiciones jurídicas más favorables para su desarrollo.

Pero, en primer lugar, para este periodo de "reforma" (parlamentarismo y reformas sociales), que coincide principalmente con el periodo de la II Internacional, la historia concedió a la clase obrera aproximadamente tantas décadas como siglos concedió

a la burguesía. En segundo lugar, el proletariado, durante este periodo preparatorio, no se convirtió en absoluto en una clase más rica ni concentró en sus manos el poder material. Al contrario, desde el punto de vista social y cultural, se hizo cada vez más desgraciado. La burguesía llegó al poder plenamente armada con la cultura de su tiempo. El proletariado, en cambio, llega al poder totalmente armado sólo con la aguda necesidad de dominar la cultura. El problema de un proletariado que ha conquistado el poder consiste, en primer lugar, en tomar en sus manos el aparato de la cultura -las industrias, las escuelas, las publicaciones, la prensa, los teatros, etc. - que antes no le servían, y abrirse así el camino de la cultura.

Nuestra tarea en Rusia se complica por la pobreza de toda nuestra tradición cultural y por la destrucción material provocada por los acontecimientos de la última década. Tras la conquista del poder y después de casi seis años de lucha por su retención y consolidación, nuestro proletariado se ve obligado a volcar todas sus energías en la creación de las condiciones más elementales de existencia material y de contacto con el ABC de la cultura - ABC en el

verdadero y literal sentido de la palabra. No en vano nos hemos impuesto la tarea de lograr la alfabetización universal en Rusia para el décimo aniversario del régimen soviético.

Alguien puede objetar que tomo el concepto de cultura proletaria en un sentido demasiado amplio. Que, si no puede haber una cultura proletaria plena y enteramente desarrollada, sin embargo, la clase obrera puede tener éxito en poner su sello en la cultura antes de que se disuelva en una sociedad comunista. Tal objeción debe registrarse en primer lugar como un serio retroceso de la posición de que habrá una cultura proletaria. No cabe duda de que el proletariado, durante su dictadura, imprimirá su sello a la cultura. Sin embargo, esto está muy lejos de una cultura proletaria en el sentido de un sistema desarrollado y completamente armonioso de conocimientos y de arte en todos los campos materiales y espirituales del trabajo. El hecho de que decenas de millones de personas dominen por primera vez en la historia la lectura, la escritura y la aritmética constituye en sí mismo un nuevo hecho cultural de gran importancia. La esencia de la nueva cultura no será una cultura

aristocrática para una minoría privilegiada, sino una cultura de masas, universal y popular. La cantidad se convertirá en calidad; con el crecimiento de la cantidad de cultura vendrá un aumento de su nivel y un cambio de su carácter. Pero este proceso sólo se desarrollará a través de una serie de etapas históricas. En la medida en que tenga éxito, debilitará el carácter de clase del proletariado y, de este modo, acabará con las bases de una cultura proletaria.

Pero, ¿qué hay de las capas superiores de la clase obrera? ¿Y su vanguardia intelectual? ¿No se puede decir que, en estos círculos, por estrechos que sean, se está produciendo ya hoy un desarrollo de la cultura proletaria? ¿No tenemos la Academia Socialista? ¿Profesores rojos? Algunos son culpables de plantear la cuestión de esta manera tan abstracta. La idea parece ser que es posible crear una cultura proletaria por métodos de laboratorio.

De hecho, la textura de la cultura se teje en los puntos donde confluyen las relaciones e interacciones de la intelectualidad de una clase y de la propia clase. La cultura burguesa -la técnica, la política, la filosófica y la artística- se desarrolló por la interacción de la

burguesía y sus inventores, dirigentes, pensadores y poetas. El lector creó al escritor y el escritor creó al lector. Esto es cierto en un grado inconmensurablemente mayor en el caso del proletariado, porque su economía, su política y su cultura sólo pueden construirse sobre la base de la actividad creadora de las masas.

La tarea principal de la intelectualidad proletaria en el futuro inmediato no es la formación abstracta de una nueva cultura, independientemente de la ausencia de una base para ella, sino la transmisión definitiva de cultura, es decir, la transmisión sistemática, planificada y, por supuesto, crítica a las masas atrasadas de los elementos esenciales de la cultura que ya existe. Es imposible crear una cultura de clase a espaldas de una clase. Y para construir la cultura en cooperación con la clase obrera y en estrecho contacto con su ascenso histórico general, hay que construir el socialismo, aunque sea a lo bruto. En este proceso, las características de clase de la sociedad no se fortalecerán, sino que, por el contrario, comenzarán a disolverse y a desaparecer en relación directa con el éxito de la revolución. El significado liberador de la

dictadura del proletariado consiste en que es temporal - sólo durante un breve periodo-, en que es un medio para despejar el camino y sentar las bases de una sociedad sin clases y de una cultura basada en la solidaridad.

Para explicar más concretamente la idea de un periodo de acumulación de cultura en el desarrollo de la clase obrera, consideremos la sucesión histórica no de clases, sino de generaciones. Su continuidad se expresa en el hecho de que cada una de ellas, dada una sociedad en desarrollo y no decadente, añade su tesoro a las acumulaciones pasadas de cultura. Pero antes de poder hacerlo, cada nueva generación debe pasar por una etapa de aprendizaje. Se apropia de la cultura existente y la transforma a su manera, haciéndola más o menos diferente de la de la generación anterior. Pero esta apropiación no es, por ahora, una nueva creación, es decir, no es una creación de nuevos valores culturales, sino sólo una premisa para ellos. Hasta cierto punto, lo que se ha dicho puede aplicarse también a los destinos de las masas trabajadoras que se elevan hacia un trabajo creativo que hace época. Sólo hay que añadir que antes de que el proletariado haya

superado la etapa del aprendizaje cultural, habrá dejado de ser proletariado.

No olvidemos tampoco que la capa superior del tercer estado burgués pasó su aprendizaje cultural bajo el techo de la sociedad feudal; que cuando aún estaba en el seno de la sociedad feudal superó culturalmente a los viejos estamentos dominantes y se convirtió en el instigador de la cultura antes de llegar al poder. Es diferente con el proletariado en general y con el proletariado ruso en particular. El proletariado se ve obligado a tomar el poder antes de haberse apropiado de los elementos fundamentales de la cultura burguesa; se ve obligado a derrocar a la sociedad burguesa mediante la violencia revolucionaria por la misma razón de que la sociedad no le permite el acceso a la cultura. La clase obrera se esfuerza por transformar el aparato del Estado en una poderosa bomba para saciar la sed cultural de las masas. Se trata de una tarea de inconmensurable importancia histórica. Pero, para no usar las palabras a la ligera, no se trata todavía de la creación de una cultura proletaria especial. "Cultura proletaria", "arte proletario", etc., en tres de cada diez casos se utilizan acriticamente para designar la cultura

y el arte de la sociedad comunista venidera, en dos de cada diez casos para designar el hecho de que grupos especiales del proletariado están adquiriendo elementos separados de la cultura pre-proletaria, y finalmente, en cinco de cada diez casos, representa un batiburrillo de conceptos y palabras del que no se puede sacar ni pies ni cabeza.

He aquí un ejemplo reciente, uno entre cien, en el que se hace un uso descuidado, acrítico y peligroso del término "cultura proletaria". "La base económica y su correspondiente sistema de superestructuras", escribe Sizoy, "forman las características culturales de una época (feudal, burguesa o proletaria)". Así, la época de la cultura proletaria se sitúa aquí en el mismo plano que la burguesa. Pero lo que aquí se llama época proletaria no es más que una breve transición de un sistema sociocultural a otro, del capitalismo al socialismo. La instauración del régimen burgués también estuvo precedida por una época de transición. Pero la revolución burguesa intentó, con éxito, perpetuar la dominación de la burguesía, mientras que la revolución proletaria tiene por objetivo la liquidación del proletariado como clase en un periodo

lo más breve posible. La duración de este periodo depende enteramente del éxito de la revolución. ¿No es asombroso que se pueda olvidar esto y situar la época cultural proletaria en el mismo plano que la de la cultura feudal y burguesa?

Pero si esto es así, ¿se deduce que no tenemos ciencia proletaria? ¿No debemos decir que la concepción materialista de la historia y la crítica marxista de la economía política representan elementos científicos inestimables de una cultura proletaria?

Por supuesto, la concepción materialista de la historia y la teoría laboral del valor tienen una importancia inconmensurable para el armado del proletariado como clase y para la ciencia en general. Hay más ciencia verdadera sólo en el Manifiesto Comunista que en todas las bibliotecas de compilaciones históricas e histórico-filosóficas, especulaciones y falsificaciones de los profesores. ¿Pero se puede decir que el marxismo representa un producto de la cultura proletaria? ¿Y se puede decir que ya estamos haciendo uso del marxismo, no sólo en las batallas políticas, sino también en amplias tareas científicas?

Marx y Engels salieron de las filas de la democracia pequeñoburguesa y, por supuesto, se educaron en su cultura y no en la cultura del proletariado. Si no hubiera existido la clase obrera, con sus huelgas, luchas, sufrimientos y revueltas, no habría existido, por supuesto, el comunismo científico, porque no habría habido necesidad histórica de él. Pero su teoría se formó enteramente sobre la base de la cultura burguesa, tanto científica como política, aunque declaró una lucha hasta el final sobre esa cultura. Bajo la presión de las contradicciones capitalistas, el pensamiento universalizador de la democracia burguesa, de sus representantes más audaces, honestos y clarividentes, se eleva a las alturas de una maravillosa renuncia, armado con todas las armas críticas de la ciencia burguesa. Tal es el origen del marxismo.

El proletariado encontró su arma en el marxismo no de inmediato, y ni siquiera plenamente hasta el día de hoy. Hoy esta arma sirve casi principal y exclusivamente a fines políticos. La amplia aplicación realista y el desarrollo metodológico del materialismo dialéctico están aun totalmente en el futuro. Sólo en

una sociedad socialista el marxismo dejará de ser un arma unilateral de lucha política y se convertirá en un medio de creación científica, en un elemento e instrumento importantísimo de la cultura espiritual.

Toda ciencia, en mayor o menor grado, refleja incuestionablemente las tendencias de la clase dominante. Cuanto más estrechamente se vincula la ciencia a las tareas prácticas de conquista de la naturaleza (física, química, ciencias naturales en general), mayor es su contribución no clasista y humana. Cuanto más profundamente se relaciona la ciencia con el mecanismo social de explotación (economía política), o cuanto más abstractamente generaliza toda la experiencia de la humanidad (psicología, no en su sentido experimental, fisiológico, sino en su sentido llamado filosófico), más obedece al egoísmo de clase de la burguesía y menos significativa es su contribución a la suma general del conocimiento humano. En el ámbito de las ciencias experimentales, existen diferentes grados de integridad y objetividad científicas, dependiendo del alcance de las generalizaciones realizadas. Por regla general, las tendencias burguesas han encontrado un lugar mucho

más libre en las esferas superiores de la filosofía metodológica, de la *Weltanschauung*. Por lo tanto, es necesario desbrozar la estructura de la ciencia desde abajo hacia arriba, o, más correctamente, desde arriba hacia abajo, porque hay que empezar por los pisos superiores.

Pero sería ingenuo pensar que el proletariado debe renovar críticamente toda la ciencia heredada de la burguesía antes de aplicarla a la reconstrucción socialista. Es lo mismo que decir con los moralistas utópicos: antes de construir una nueva sociedad, el proletariado debe elevarse a las alturas de la ética comunista. De hecho, el proletario reconstruirá radicalmente tanto la ética como la ciencia, pero lo hará después de haber construido una nueva sociedad, aunque sea en bruto.

Pero, ¿no nos encontramos en un círculo vicioso? ¿Cómo se puede construir una nueva sociedad con la ayuda de la vieja ciencia y la vieja moral? Aquí debemos introducir un poco de dialéctica, esa misma dialéctica que ahora ponemos tan antieconómicamente en la poesía lírica y en nuestra contabilidad de oficina y en nuestra sopa de col y en nuestras gachas. Para

empezar a trabajar, la vanguardia proletaria necesita ciertos puntos de partida, ciertos métodos científicos que liberen la mente del yugo ideológico de la burguesía; los está dominando, en parte ya los ha dominado. Ha probado su método fundamental en muchas batallas, en diversas condiciones. Pero esto está muy lejos de la ciencia proletaria. Una clase revolucionaria no puede detener su lucha porque el partido no haya decidido aún si debe o no aceptar la hipótesis de los electrones y los iones, la teoría psicoanalítica de Freud, los nuevos descubrimientos matemáticos de la relatividad, etc. Es cierto que, una vez conquistado el poder, el proletariado tendrá muchas más posibilidades de dominar la ciencia y de revisarla. Esto es más fácil decirlo que hacerlo.

El proletariado no puede aplazar la reconstrucción socialista hasta el momento en que sus nuevos científicos, muchos de los cuales andan todavía en pantalones cortos, prueben y limpien todos los instrumentos y todos los canales del saber. El proletariado rechaza lo que es claramente innecesario, falso y reaccionario, y en los diversos campos de su reconstrucción hace uso de los métodos y conclusiones

de la ciencia actual, tomándolos necesariamente con el porcentaje de aleación reaccionaria de clase que contienen. El resultado práctico se justificará en general y en su conjunto, porque tal utilización, cuando esté controlada por un objetivo socialista, gestionará y seleccionará gradualmente los métodos y conclusiones de la teoría. Y para entonces habrán crecido científicos educados en las nuevas condiciones. En cualquier caso, el proletariado tendrá que llevar su reconstrucción socialista a un grado bastante alto, es decir, proporcionar una seguridad material real y la satisfacción de la sociedad culturalmente antes de que sea capaz de llevar a cabo una purificación general de la ciencia de arriba abajo. Con esto no quiero decir nada en contra del trabajo marxista de crítica, que muchos en pequeños círculos y en seminarios intentan llevar a cabo en diversos campos. Este trabajo es necesario y fructífero. Debe ampliarse y profundizarse en todos los sentidos. Pero hay que mantener el sentido marxiano de la medida de las cosas para contar la gravedad específica de tales experimentos y esfuerzos hoy en relación con la escala general de nuestro trabajo histórico.

¿Excluye lo anterior la posibilidad de que, incluso en el período de la dictadura revolucionaria, puedan aparecer eminentes científicos, inventores, dramaturgos y poetas salidos de las filas del proletariado? En absoluto. Pero sería de una ligereza extrema dar el nombre de cultura proletaria incluso a los logros más valiosos de los representantes individuales de la clase obrera. No se puede convertir el concepto de cultura en el pequeño cambio de la vida cotidiana individual y determinar el éxito de una cultura de clase por los pasaportes proletarios de inventores o poetas individuales. La cultura es la suma orgánica de conocimientos y capacidades que caracteriza a toda la sociedad, o al menos a su clase dirigente. Abarca y penetra todos los campos del trabajo humano y los unifica en un sistema. Los logros individuales superan este nivel y lo elevan gradualmente.

¿Existe tal interrelación orgánica entre nuestra poesía proletaria actual y la obra cultural de la clase obrera en su conjunto? Es evidente que no. Trabajadores individuales o grupos de trabajadores desarrollan contactos con el arte creado por la

intelectualidad burguesa y utilizan su técnica, por el momento, de forma bastante ecléctica. ¿Pero es con el fin de dar expresión a su propio mundo proletario interno? El hecho es que dista mucho de ser así. La obra de los poetas proletarios carece de una cualidad orgánica, que sólo se produce mediante una profunda interacción entre el arte y el desarrollo de la cultura en general. Tenemos obras literarias de proletarios talentosos y dotados, pero eso no es literatura proletaria. Sin embargo, pueden ser algunos de sus resortes.

Es posible que en la obra de la generación actual se revelen muchos gérmenes, raíces y manantiales a los que algún futuro descendiente remontará los diversos sectores de la cultura del futuro, del mismo modo que nuestros actuales historiadores del arte remontan el teatro de Ibsen al misterio eclesiástico, o el impresionismo y el cubismo a las pinturas de los monjes. En la economía del arte, como en la economía de la naturaleza, nada se pierde, y todo se conecta en lo grande. Pero fáctica, concreta, vitalmente, la obra actual de los poetas surgidos del proletariado no se desarrolla en absoluto de acuerdo con el plan que está

detrás del proceso de preparación de las condiciones de la futura cultura socialista, es decir, del proceso de elevación de las masas.